

La experiencia de un investigador en Chamartín

A principios de noviembre de 1953, en un vagón de tercera clase del tren expreso, salía de Gijón rumbo a Madrid. El tren tardaba entonces 16 horas en llegar a la capital. La entrevista con don Ramón Menéndez Pidal estaba concertada para las cinco de la tarde. Bastantes minutos antes ya paseaba yo delante del chalé de Chamartín. A las cinco en punto, como en las corridas tradicionales, traspasaba por primera vez aquella puerta. Me condujeron a la gran sala de la biblioteca donde don Ramón solía recibir las visitas, y a continuación apareció él. Yo creo que no acerté ni a sentarme adecuadamente en aquel sillón. Acababa de publicar en *Archivum* un artículo titulado *Ensayo de reconstrucción del romance ¡Ay! un galán de esta villa*. Y se había creado el Seminario Menéndez Pidal de estudios medievales por el ministerio de Educación y Ciencia. El uno me llevaba al otro, forzado a exiliarme de Oviedo, por razones que ahora no son del caso. Con aquellos sus ojos penetrantes don Ramón fue examinándome. Al cabo de una media hora salí de allí con una carpeta del *Romancero Tradicional*, para que fuera haciendo boca. El caso es que estuve en Chamartín hasta enero de 1957, en que, ya casado, el ministerio de Asuntos Exteriores me nombró lector de español en la Universidad de Lyon. Fueron tres maravillosos largos años, trabajando sobre el

romancero en el despacho que estaba justo al lado del suyo, el que había sido de doña María Goyri. Quiero hablar ahora del don Ramón que yo conocí en ese trato diario.

Difícil es hacer la relación, siquiera somera, de las obras de don Ramón. La lista sería muy larga, y además no es precisamente lo que me interesa. Pero lo que sí obligaría es a ir viendo como cada tema se desarrolla año tras año a lo largo de los muchos en que escribe y publica. Sobre las materias que trató nadie puede hoy hacer nada sin consultarle previamente. Esto es ya afirmar que su obra tiene todavía un gran peso específico, y que durante mucho tiempo será difícil desentenderse de los resultados por él conseguidos. Podrá matizarse, podrán añadirse nuevos datos, pero el valor de lo hecho por Menéndez Pidal tardará en envejecer. Creo que esto obedece a unas de las cualidades intrínsecas, auténticamente ejemplares, válidas para cualquier aspecto de la actividad intelectual; estas cualidades se refieren en parte a la forma de ser del hombre, pero se vierten directamente sobre la obra, sobre los resultados intelectuales del quehacer del hombre don Ramón, haciendo aquélla y éstos excepcionales: entrega total a la verdad, absoluta honradez científica, persistencia en el esfuerzo y dedicación plena al trabajo.

1°. *Entrega total a la verdad.* A todos se nos llena la boca de agua cuando decimos *la verdad*. Hay muchos que luchan *por la verdad*, que mueren *por la verdad* y que hasta se permiten lanzar múltiples dicitos a aquel que no piensa u opina o cree lo mismo que él piensa, opina o cree. Algunos hasta escriben *Verdad* con mayúscula. Tengo un testimonio escrito, de letra de Américo Castro. Y, sin embargo, desde el punto de vista humano, la verdad no es nunca absoluta, sino relativa. Habrá verdades absolutas, que lo son aparte de lo que nosotros podamos pensar o creer; pero la *verdad* total no la posee nunca ningún hombre. Por eso nosotros tenemos nuestra *verdad*. Y por eso todos necesitamos estar dispuestos a modificar aquella parte de

ella que deba ser modificada, a la vista de la *verdad* o *verdades* ajenas. Y esto más que nada en las actividades científicas e intelectuales. D. Ramón vivía plenamente este ideal. Jamás se negaba a aceptar las *verdades* ajenas, fuera cual fuera el resultado respecto de lo que él había pensado o creído hasta entonces. Jamás tenía inconveniente en reconocer su error, porque él estaba al servicio de la *verdad* y al servicio de cuantos le leían y creían lo que él decía. Dos anécdotas ejemplifican bien todo esto.

Un día llegó a Chamartín un colaborador del Seminario Menéndez Pidal de estudios medievales. Charlamos un rato hasta que don Ramón le recibió. Poco después oí a don Ramón reñir y dar voces, cosa para mí insólita. El colaborador salió inmediatamente a escape, sin decirme siquiera "adiós". A continuación se plantó ante mí don Ramón, y me espetó sin más: "Sobre tal punto yo he dicho tal cosa, pero resulta que la nueva documentación demuestra que no es así; venía a preguntarme la forma de disimular que me he equivocado, como si aquí estuviéramos para engañar a la gente".

La otra anécdota está reflejada en el tomo I, pág. 83, del *Romancero tradicional*, en la parte relacionada con el romancero del rey Rodrigo. Estaba ya en prensa este tomo, que yo encontré prácticamente terminado y cuya edición cuidaba. Uno de los romances viejos es el de la *Penitencia de Rodrigo*. Se cuenta en él que el rey Rodrigo, huyendo de los moros, encontró a un pastor, que le encaminó a un ermitaño. Por inspiración divina, éste le impone como penitencia el encerrarse en un sepulcro con una culebra viva. Y así el rey se va al cielo. Se trata de un romance que ha llegado hasta nosotros, con múltiples versiones recogidas en el oriente de Galicia, en el occidente y centro de Asturias, en el nordeste de León y en la zona de Sanabria. Don Ramón había creído que esta leyenda se había desarrollado a partir de una errata. Sin entrar en detalles, la versión portuguesa de la *Crónica de 1344* dice que "foy achado un sepulcro en Viseu". El ms. U dice "fue hallado un sepulcro en visco", por

Viseu, y el ms. Q, de 1434, corrige: "fue hallado un sepulcro en que visco". Para Menéndez Pidal esta corrección había sido la causa del nacimiento de la leyenda de la penitencia. Pero el portugués Cintra explicaba con amplia documentación que esa corrección fue posible porque la leyenda existía ya. La argumentación de Cintra convenció a don Ramón, y en consecuencia me mandó corregir el texto. Pero no quedó conforme con esa corrección, y entonces me dijo que pusiera una nota. Yo la redacté con el máximo cuidado, pero no le convenció. Y al final salió: "Esta errata la creíamos origen de la tradición del sepulcro; pero los razonamientos de Cintra arriba resumidos nos parecen convincentes". Era que no podía soportar el no advertir a los lectores que había cambiado de opinión.

Por cierto que años después descubrí en la sala capitular de la catedral de León una serie de capiteles que narran con todo detalle esta leyenda. Los capiteles son del XIV, sin que pueda precisar más la fecha. Probablemente refuerzan la opinión de Cintra, ya que en todo caso son anteriores al desarrollo literario de la leyenda.

2º *Absoluta honradez científica*. El investigador literario español tenía cierta proclividad hacia la investigación de segunda mano, hacia el trabajo cómodo, a aceptar lo hecho y presentarlo incluso como propio. Quizás ello sea lo que ha hecho que nuestra investigación literaria parezca pobre, poco científica, hecha a la ligera, intrascendente. Menéndez Pidal, por el contrario, tuvo como norma de trabajo el investigar directamente sobre documentos y fuentes. De aquí el gran peso específico de lo que hizo. De aquí que al sumar nuevos datos a los antiguos tuviera a veces que modificar sus propias conclusiones, cosa que hacía siempre, por respeto a la verdad, como he dicho ya antes, pero también por una exquisita honradez científica.

Una anécdota es muy reveladora: trabajaba yo en el romanero del Cid, y estaba preparando el texto de uno de los roman-

ces viejos. Al confrontar las diversas versiones, a mí no me salía lo que don Ramón había dicho de ese romance en el prólogo de la edición facsímil del *Cancionero s. a.* Volví a empezar, pero mis conclusiones eran las mismas. Me fui a su despacho, le expuse mis argumentos y concluí que acaso en la carpeta faltara alguna versión. Me contestó que no faltaba ninguna, y sin más, cogió su ejemplar de "correcciones", me preguntó por la página y me dijo: "¿Qué tengo que poner?". No hubo el menor intento de disculpa, de decir que no sabía por qué había escrito eso, aunque alguna razón habría habido. Le bastaba que quedaba claro el error, para corregirlo sin más.

De ahí que no creyera que lo importante fuera publicar, sino investigar hasta las últimas consecuencias; que no se fiara fácilmente de lo que ya estaba hecho, si sus documentos no le llevaban a las mismas conclusiones.

3º *Persistencia en el esfuerzo.* Don Ramón no liquidaba un tema cuando había terminado un libro o un artículo. Persistía en su esfuerzo inicial. Como detalle significativo puedo decir que tenía siempre a mano un ejemplar de lo publicado que llevaba fuera la etiqueta "correcciones". Pero era así como podía profundizar y resolver los problemas que le habían quedado pendientes. Sus trabajos sobre el Cid empezaron en su juventud y continuaron hasta su muerte (1898, *Poema del Cid*; 1908-1911, *Cantar del Mio Cid*; 1913, *Poema del Mio Cid*, en "Clásicos Castellanos"; 1921, *El Cid en la historia*; 1929, *La España del Cid*; 1950, *El Cid Campeador*, de Austral; 1963, *En torno al Poema del Cid*, sin citar una larga serie de artículos). Y el Cid formaba parte de un tema más amplio que abarcaba la poesía épica y el romancero; pero lo mismo hizo con los grandes problemas lingüísticos o con fundamentales problemas históricos. Esto le ha permitido desarrollar teorías básicas, como la del tradicionalismo, con constantes matizaciones y profundizaciones; y abarcar extensas zonas, como la Edad Media, con visiones globales, cada vez más amplias y más hondas.

Puedo aportar una interesantísima experiencia. Estando yo ya en Lyon publicó (1957) Antonio Ubieto Arteta sus *Observaciones al Cantar de Mio Cid*. Al curso siguiente tuve que explicar el Poema. Ubieto había manejado algunos datos que podían tenerse en cuenta, junto a otros que no eran de recibo. Intenté escribir una refutación, pero me quedaban siempre algunas dudas. Decidí entonces aprovechar las siguientes vacaciones para pasar por Madrid y hablar con don Ramón. Iba con la intención de robarle poco tiempo, porque sabía lo que para él significaban entonces los minutos; pero estuvimos casi dos horas conversando. Mi hipótesis era la de que podía aceptarse una redacción tardía del *Cantar* que nosotros conocemos, escrito acaso por Per Abbat, pero utilizando cantos parciales anteriores de diversas fechas. Don Ramón rebatía mis argumentos, pero siempre acababa diciendo: "Todo puede ser". Me confió entonces que él estaba en esos momentos trabajando sobre la idea de dos autores. Efectivamente en 1961 apareció en *Romania* su artículo "Dos poetas en el *Cantar de Mio Cid*". Empieza así:

"Que el poema del Cid tenga más de un autor, no es ahora en mí una ocurrencia repentina. Es una idea que se me fue imponiendo lentamente, muy contra mis primeras opiniones.

"Cuando publiqué el primer tomo de mi estudio sobre el *Cantar del Mio Cid*, 1908, fijé la fecha del Cantar hacia 1140, y el ser esta fecha tan próxima a la muerte del héroe, y el ofrecerse en todo el Cantar un dialectalismo igualmente extraño, me hacían pensar decididamente en el autor único. Pude entonces determinar que el autor era un anónimo, natural o vecino de Medinaceli, y obtenida esta gran precisión, me parecía no haber más que decir sobre la cuestión de autoría. Los motivos de duda que surgían no me parecían de consideración. El sobreabundante pormenor topográfico con que son descritas las dos localidades de San Esteban de Gormaz y de Medinaceli, por no distar mucho entre sí esas dos poblaciones, me pareció ser debido al mismo autor de Medina que conocía también a San Esteban. Notaba que los recuerdos de San Esteban de Gormaz interesaban a la acción esencial del Poema y los de Medinaceli

no; notaba también diferencias de versificación en el poema entre su cantar primero y el tercero; sin embargo, creía que estas dos diferencias eran explicables pensando en un autor único.

“Al hacer nueva edición de mi antiguo estudio sobre el *Cantar de Mio Cid*, 1946 (pág. 1172), observé que Alfonso VI no poseyó a Medinaceli en vida del Cid, mientras el poema afirma lo contrario; error grave en contradicción con los exactos conocimientos históricos relativos a San Esteban. En la cuarta edición de *La España del Cid*, 1947 (págs. 561-563) me fijé en el verso 2082 del poema, para suponer que los infantes de Carrión debieron de celebrar esponsales y no matrimonio con las hijas del Cid. Pero aparte estas dos observaciones de la cuestión de uno o dos autores, y sólo las apliqué a depurar el fondo histórico del poema, sin decidirme a sacar de la una ni de la otra más consecuencias sobre diversidad de autores.

“En los años sucesivos he podido ver que estos cuatro reparos se juntan a otros diversos que implican esas consecuencias inexcusablemente y nos las ofrecen con una claridad completa. El Cid es el héroe más tardío de la gran epopeya medieval, y por tanto cae tan dentro de la historia escrita por cristianos y por musulmanes que podemos establecer, respecto a muchos otros episodios de la narración poética, dos modos distintos de poetizar la realidad histórica, dos comportamientos que responden a dos distintas épocas de redacción¹”.

Aquella tarde don Ramón se empeñó en acompañarme hasta la puerta de su casa, aunque yo le pedía que nos despidiéramos en lo alto de la escalera. Piénsese que don Ramón tenía ya 90 años. En la puerta me dio una orden: “Caso, siga usted trabajando”. Para mí estaba claro: a don Ramón le faltaba un empujoncito en aquel momento para quedar totalmente convencido de su nueva tesis, y probablemente él alargó la conversación para persuadirse de que estaba en lo cierto. Pero al mismo tiempo, me decía con claridad: “La investigación no va a quedar cerrada con mi artículo; es necesario continuarla”.

(1) Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *En torno al Poema del Cid*, Barcelona, E.D.H.A.S.A., 1963, págs. 109-110.

Cuando años después apareció un trabajo mío en el que tocaba este tema, un ilustre discípulo de don Ramón me escribió una larga carta, en son de defensa de las opiniones del común maestro. Confieso que yo no me atreví a contestarla. No hubiera entendido mis razones, o mejor dicho, no las hubiera creído. Porque él no se había enterado de que don Ramón no había cerrado el caso, dicho en términos judiciales.

Todo esto significa que su trabajo no ha terminado con su muerte. Ha quedado incompleto, porque sus límites se hicieron cada vez más extensos: la historia de la epopeya y del romance-ro, o la historia de la lengua necesitan continuadores.

4º *Dedicación plena al trabajo*. Él no lo llamaba trabajo, porque creía que el trabajo no era ninguna maldición bíblica, sino una necesidad de la naturaleza humana. En una ocasión le contaba yo, recordando ciertos párrafos suyos de *España y su historia*, que en el restaurante de Lyon donde yo solía comer, cuando tenía que marchar pronto porque tenía clase a las dos, los que me conocían me despedían diciendo: "Travaillez bien, monsieur", cuando un español me hubiera dicho por lo menos: "Que te sea leve". Y él apostillaba: "Claro, para los franceses el trabajo es una necesidad humana, y no un castigo; por eso le deseaban que trabajara bien y mucho". Eso mismo pensaba él, y de aquí que su dedicación al trabajo fuera total y absoluta. El 1 de abril de 1955 pronunciaba en Spoleto, en el congreso "I Goti in Occidente: problemi", su *Los godos y el origen de la epopeya española*; el 5 de mayo Palermo le hacía *doctor honoris causa*; este mes podía haberlo pasado en Roma como invitado especial del embajador de España; pero renunció a esas vacaciones, y me explicaba, cuando me visitaba en el sanatorio, en el que yo estaba operado de una fractura de brazo, que era mucho tiempo para perderlo de esa forma (un mes y a sus 86 años).

Creo también que el valor de la obra de don Ramón en cuanto conjunto coherente obedece a estar guiado por teorías básicas. Una teoría básica es aquella que es capaz de explicar

muchos fenómenos, y esto en literatura es muy difícil. Tal ocurrió con la teoría del tradicionalismo literario. No la descubrió don Ramón, porque venía ya de atrás; pero antes era una idea, no una teoría. Y frente a la teoría que es incapaz de ver la obra literaria más que como un ser individualizado, único, cerrado en sí mismo y sin otras relaciones con la literatura anterior que las que puedan considerarse como fuentes, don Ramón sostuvo que una gran parte de la literatura medieval obedecía a una tradición constantemente reelaborada, cada reelaboración con su valor estético independiente, pero incomprensible si no se consideraba en relación con las múltiples formas que eran consecuencia de las múltiples reelaboraciones. La tradicionalidad escrita y la tradicionalidad oral, aplicable a infinitos aspectos de la cultura, es una de esas teorías fundamentales por las que don Ramón libró importantes batallas, y lo curioso es que las batallas más juveniles fueron precisamente las de sus 90 años, las que culminaron en *La chanson de Roland y el neotradicionalismo*.

Cuando don Ramón se ha ido definitivamente, nos queda su obra, viva para muchos años todavía. Pero quisiera que nos quedara también vivo su espíritu, su entrega absoluta a la verdad, su total honradez científica, su dedicación al trabajo. Y si este espíritu, que tanto necesita España, perviviera entre todos, entre los investigadores literarios como entre los investigadores científicos experimentales, entonces podríamos decir: *Menéndez Pidal ha muerto, viva don Ramón*.